

LIBROS

Muere el Premio Barral

Hay quien ha visto gitanos felices, y yo he visto jurados cansados. Ahí están posando en una foto, probablemente antológica, Félix de Azúa, con su eterno aspecto de Dorian Gray soñoliento; José María Castellet, entre las ruinas de sus fidelidades; Carlos Barral, capitán ballenero transitoriamente aquejado de escorbuto; García Hortelano, fiel a sus ya maduras nuevas amistades; Jaime Salinas, con el atuendo de un fugitivo de safari; Salvador Clotas, uno de los pocos españoles que se hablan por teléfono con Giscard d'Estaing; Jesús Aguirre, con pálido semblante de agente posmonárquico, y Juan Benet, que llega tarde para el primer «flash» y se coloca en una indiscreta segunda fila para el segundo. Barral acaba de leer el fallo del Premio Barral de Novela 1974:

Cuatro votos en blanco.

José Manuel Caballero Bonald, *Agata*, ojo de gato: tres votos.

Mauricio Wacquez, *Paréntesis*: dos votos.

«Aun cuando las bases obligan a declarar en tal caso el premio desierto, los miembros del Jurado, en atención a que se trata de la última concesión del mismo, han decidido considerar premiada la novela que obtuvo un mayor número de votos. En consecuencia, se declara Premio Barral de Novela 1974 la novela *Agata* ojo de gato, de José Manuel Caballero Bonald».

Poca gente en el salón del hotel Balmoral para asistir al entierro del Premio Barral. Los jurados se critican mutuamente, con amistad, pero con rigor. Castellet y Aguirre están tan

hastados, que se dedican a cantar canciones de Celia Gámez en un rincón.

Algunos escritores de siempre y de mañana picotean canapés, palabras, recuerdos, reencuentros. Ahí está José María Valverde, de paso entre el Canadá y el Canadá, y un poco más allá, Juan Marsé, que contiene difícilmente el Pijoaparte que lleva dentro cuando las señoras literarias le besan las mejillas, sólo las mejillas. Jóvenes periodistas cumplen el expediente informativo, mientras las conversaciones se generalizan sobre el tema nacional. Cristina Peri Rossi, la escritora uruguaya ga-

provocación» al chiste de «La literatura como provocación de sueño». El desconcierto que ha llevado a premiar una novela descartada «in extremis» en 1973 va a ser atribuido a los premios literarios como fórmula, y no al callejón sin salida en el que se han colocado los orientadores críticos de nuestra literatura. Ni orientan ni promocionan. De uno en uno, excelentes. Cuando se suman más de dos críticos, ya interpretan el papel de desgastadas Aliadas exiladas del País de las Maravillas, y no hay quien pueda con su brillantez y con el talento que sustituye a sus obras.



José Manuel Caballero Bonald.

naadora del premio de poesía concedido por Inventarios Provisionales, me cuenta los últimos éxitos obtenidos por los que defienden los valores de Occidente en Uruguay. Dámaso Santos derrocha coexistencia literaria, como es proverbial en un crítico que, además, es una excelente persona. Rosa Regás pasea la melena cobre y Beatriz de Moura su perro del alma.

No hay ganas de hablar mal del veredicto, porque el afecto a Barral y a Caballero Bonald es unánime. Pero la crisis está ahí, en parte provocada por los Petronios literarios que han reducido el lema «La literatura como

Hay propósitos de dar un viraje radical. Como anticipo de futuras declaraciones más perfeccionadas, los jurados del último Barral «... sugieren la creación de otro premio de reconocimiento a la obra de un autor literario que, con ocasión de la redacción o publicación de un libro o de otro acontecimiento cualquiera, quepa señalar como significativo en el curso de la historia de la literatura española contemporánea». Añaden que los miembros del Jurado del Premio Barral 1974 constituirán desde ahora una comisión de expertos destinada a debatir en sesiones públicas las

distintas candidaturas del Premio y votar según sus preferencias. El Premio se otorgará por mayoría, y la comisión de expertos podrá ser ampliada por cooptación de los que ahora la constituyen. «Las candidaturas al Premio serán establecidas por un patronato editorial constituido por Barral Editores y otras empresas editoriales atentas al desarrollo de la cultura literaria. A estos efectos, Barral Editores iniciará contactos con editores afines que pudieran estar interesados en participar en el patronato del Premio. Los fundadores designan secretario general del nuevo Premio a Jaime Salinas.

Según se dice en la misma declaración, los debates del comité de expertos y las votaciones serán públicos, y a ellos se invitarán expresamente a los representantes de la crítica y de la información literaria. Por el momento, ya sabemos que Caballero Bonald cierra un ciclo que Barral abrió con la concesión del primer Premio de Biblioteca Breve a *Las afueras*, de Luis Goytiso. ¿La crisis de la narrativa española? ¿La crisis de un equipo aplicado a sancionar la narrativa española? A mí me pareció que los jurados estaban cansados. Pero no sé de qué. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

N. de la R.—*Estos días circuló en los medios literarios el rumor de que Caballero Bonald iba a renunciar al premio. El autor no ha querido hacer ninguna declaración sobre ello, aunque tampoco ha desmentido el rumor.*

Octavio Paz: escribir, jugar...

Tras la lectura de cualquier texto de Octavio Paz sucede siempre lo mismo: una especie de desasosiego, de intranquilidad, una creciente curiosidad por llegar a percibir a plenitud todas esas cosas

que el escritor mexicano nos propone de una manera abundante, abrumadora, plena; de una manera —diría— barroca, si el término no estuviera tan desprestigiado. Bien sé que para Octavio Paz el barroco es algo importante y sustancial, y el adjetivo, por tanto, exacto. Mas también sucede que tras esa lectura nos es posible llegar a aquel punto de conjunción, de comunicación, que Paz pretende —y pregona— a lo largo y a lo ancho de todo su trabajo: la lectura como lugar de convivencia, como posibilidad de acceso al pleno conocimiento que, a cada paso, se enmascara y diluye entre la palabra («las palabras no son las cosas: son los puentes que tendemos entre ellas y nosotros»). Así, el ensayo de Octavio Paz, y de ello me quisiera ocupar en este comentario, se convierte en una creación total y plena, recupera su originaria y fundamental existencia, porque nace de una intención primaria de desvelar lo simple, lo elemental, y a partir de aquí llegar a la revelación creadora de su propia palabra. No nos puede extrañar, entonces, esa primera impresión de sugestión reverencial, y la subsiguiente de comunicación a través del rito, de la fiesta o del juego, donde nos sentimos totalmente identificados.

Han coincidido dos publicaciones, casi sucesivas, que recopilan determinados trabajos de Octavio Paz (1), y ambos libros están presididos aparentemente por criterios distintos, pero sólo aparentemente (más pretencioso el segundo, más directo y funcional el primero). Pues bien, en cualquier caso, para un lector avisado, y sin llegar a extremos de especialista, se hará bien patente la intención básica de la escritura de Paz: moverse en los límites de

(1) Octavio Paz, *La búsqueda del comienzo*. Editorial Fundamentos. Madrid, 1974.

Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*. Editorial Fundamentos. Colección Espiral. Madrid, 1974.

un presente radicalmente vivo y potencialmente dinámico que, en primer lugar, sea capaz de desbordar esos límites y después se aventure a traspasar el ámbito del misterio, de la encarnación, y llegar a la plena identificación o fusión erótica, que es origen y principio, razón última y única, de toda creación («no es falso afirmar que la poesía moderna ha encarnado en la Historia no a plena luz, sino como un misterio nocturno y un rito clandestino. Una atmósfera de conspiración y de ceremonia subterránea rodea el culto de la poesía»). Confluencia, convivencia íntima, cópula, que se consigue por medio del lenguaje, pero no reducido a los parámetros convencionales de la gramática o de la escritura como rutina, sino al ser identificado con una capacidad universal de relación, al ser transformado en un lenguaje-puente. De este modo se puede justificar perfectamente la conexión existente entre los dos libros aludidos: mientras «La búsqueda del comienzo» es una reunión de artículos sobre el nacimiento del lenguaje poético moderno, a partir del surrealismo, en «Teatro de signos. Transparencias» (volumen preparado y prologado por Julián Ríos), nos encontramos con un nuevo propósito: enfrentar al lector con unas determinadas posibilidades de lectura que concuerden de forma absoluta con las intenciones primarias del autor. Utilizando fragmentos de diferentes obras de Octavio Paz, Julián Ríos plantea una nueva lectura posible de todos esos temas. Una lectura que no quiere encasillarse en dogmatismos elitistas ni convertirse en rutina congelada que haya de admitirse sin más, sino que permita, a través de la participación libre y creadora del erotismo, llegar a la posibilidad creada del poema. Los poemas alternan con textos teóricos o especulativos, que, habida cuenta su especial distribución y la ordena-

ción dual del libro, van cargándose de autonomía, van siendo poemas ellos mismos. No se trata nunca de un ensayo que desemboque en una serie de apreciaciones unilaterales: se trata más bien de explotar el sentido lúdico de la palabra, de la imaginación, para alcanzar el sentido de una fiesta, «encontrar una equivalencia (eso es la metáfora) en la que no desaparezcan ni las cosas en su particularidad concreta ni el hombre individual».

Por eso, a pesar de ejercer una actividad crítica tan señalada sobre el lenguaje, a pesar de su penetrante cientificismo lingüístico, Octavio Paz concentra toda su atención en una escritura que viva y vibre por su fuerza imaginativa, por su espíritu indagador, esencialmente indagador, que parte del asombro, de la curiosidad, del momento pleno en que se goza el instante, el sentido espacio-temporal puro, el presente como lugar y tiempo ideal para lograr plenas conjunciones («El valor supremo no es el futuro, sino el presente; el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice todavía no es hora, y que así nos niega. El futuro no es tiempo del amor: lo que el hombre quiere de verdad lo quiere ahora. Aquel que construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente»).

«Escribir, jugar, copular», he aquí el triángulo que sustenta la actividad del escritor Octavio Paz; escritor imposible de encuadrar en género alguno, porque se trata de un creador apasionado, capaz de hacer revivir el sentido puro de la creación y de rescatar esos elementos genuinos que tantas veces hablan sido sepultados por la urgencia de las convenciones. No en vano ha partido siempre de ese comienzo que tan bien conoce y explica: el surrealismo. Y hablar de surrealismo es hablar de libertad, porque es hablar de transgresión de límites, de transparencias conseguidas y reveladas. Escribir como revelación, como en-

cuentro constante con el principio. «El poeta —dice Octavio Paz, y con sus palabras termina— no escapa a la historia, incluso cuando la niega o la ignora. Sus experiencias más secretas o personales se transforman en palabras sociales, históricas. Al mismo tiempo, y con esas mismas palabras, el poeta dice otra cosa: revela al hombre». Y eso es, a fin de cuentas, lo que hace Octavio Paz en todos y cada uno de sus escritos. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

Madrid finisecular y barojiano

Hace tres años publicaba Soledad Puértolas un análisis del Madrid finisecular, visto a través de la trilogía barojiana «La lucha por la vida» (1). Ahora es Carmen del Moral quien vuelve al tema (2).

Carmen del Moral señala el carácter de lugar común que tiene la afirmación del valor documental de la obra barojiana. Lugar común, asegura, «que no ha sido sometido a análisis riguroso». Este va-

(1) El Madrid de «La lucha por la vida», Soledad Puértolas. Helios 1971. (Véase TRIUNFO, número 467: «Una recreación de la realidad», Víctor Márquez Reviriego.)

(2) La soledad madrileña fin de siglo y Baroja, Carmen del Moral. Turner. 1974.



Pío Baroja.

lor documental ha sido, efectivamente, destacado muchas veces, y alguna de ellas, analizado con rigor. Tal es el caso, por ejemplo, del «Baroja y Francia», realizado por Corrales Egea (3)... «Baroja no se inventa nada», escribía también Puértolas en su libro. Y dos conclusiones del que hoy nos ocupa no pueden ser mejores para el escritor vasco. Tras el coitejo de datos barojianos con fuentes documentales se llega a lo siguiente: «1) En todo lo referente a infraestructura urbana, servicios públicos, instituciones de beneficencia, caridad y vivienda, los datos del novelista se ajustan a la más estricta realidad madrileña de los años que estudiamos. (...) 2) En lo que respecta a las des-

(3) Baroja y Francia, José Corrales Egea. Taurus. TRIUNFO, núm. 433: «Baroja y Francia», Víctor Márquez Reviriego.)

cripciones de Baroja de los grupos sociales, sus tratos de sus novelas, creemos que la fidelidad con su original difícilmente puede ser controvertida...». Por el contrario, la tercera conclusión —referida a la actividad política de las clases trabajadoras— muestra el carácter subjetivo de lo escrito por Pío Baroja cuando atañe a los socialistas, vistos «con omisión y parcialidad».

Pero más que las conclusiones sobre el valor documental de la obra barojiana (si no matemáticamente demostrado, sí sospechado, intuido, dicho o manifestado con más o menos rigor), este libro, digo, queda como un estudio excelente de Madrid a finales del siglo XIX (Aunque subrayemos también su faceta barojiana). En dos partes lo divide su autora: «La ciudad de Madrid a finales del siglo XIX» y «Grupos so-

ciales y clases proletarias en Madrid fin de siglo».

El Madrid finisecular es «ciudad tranquila, casi provinciana, dominada en su cúspide por una minoría de hombres de negocios, políticos, profesionales liberales y compuesta en su base por una mayoría ocupada en industrias y talleres». A ella llega —en 1885— Manuel, el muchacho de «La busca», uno más de los inmigrantes provincianos que hacen crecer la población madrileña. En 1887, Madrid tiene 470.283 habitantes; en 1895, 547.399: creció un 16,39 por ciento en ocho años. En 1900, salvo errata de la página 46, desciende a 539.835; el 1,38 por 100 menos (4). Carmen del Moral analiza boletines municipales, estadísticas, periódicos y publicaciones diversas, informes, etcétera, y muestra así la situación distrito por distrito, barrio por barrio: población, precios, sanidad, vivienda, alimentación... «La vida en Madrid para cualquiera que no estuviera en una situación social privilegiada no podía ser fácil, tenía que ser una dura «lucha por la vida»...». Los servicios públicos y la infraestructura urbana eran

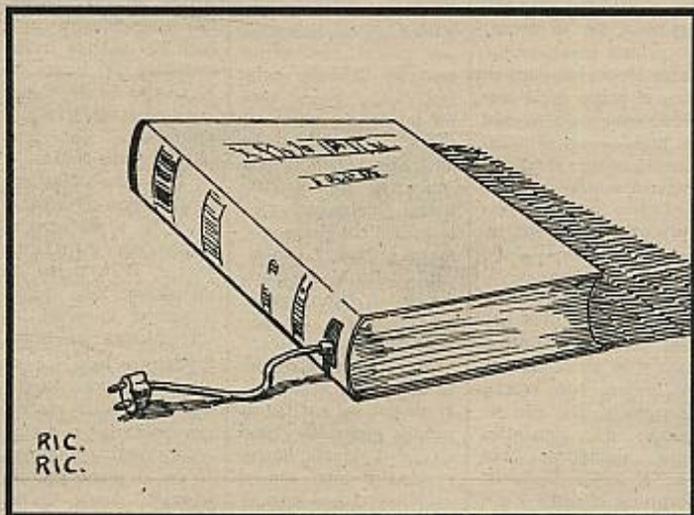
precarios. El agua, turbia y, a veces, impotable... «El mundo de «La busca», el de los golfos y hampones de «Mala hierba» y los infinitos vagabundos, pobres y seres marginados de la sociedad que cruzan por esos y otros relatos barojianos, sólo se explican real y literariamente en función de un Madrid como el descrito: con pocos puestos de trabajo, sin agua, sin alcantarillas, sucio y maloliente».

La segunda parte —casi al hilo de la famosa trilogía— trata de la prostitución, la golfería y delincuencia, los trabajadores y su proyección política. Acaso sea el capítulo de la prostitución de los más logrados, quizá por el equilibrio entre lo relatado, la aportación documental y el toque barojiano, oportuno como nunca, puesto que el Andrés Hurtado de «El árbol de la ciencia» fue médico de la Higiene Municipal.

Señalemos por último un pequeño desliz lombrosiano en el capítulo sexto («Bizcoque es el delincuente nato...»). ■ VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO.

Un relato de Conrad

En 1908, tras establecerse en Someries (Bedfordshire) y sacar a la luz El agente secreto, se publicó un conjunto de seis relatos de Joseph Conrad (A set of six: The Informer, Gaspar Ruiz, The Brute, An Anarchist, The Duel, El Conde), del que Nostromo ha editado recientemente uno: Gaspar Ruiz. Situado en el escenario de las luchas independentistas sudamericanas y centrado en el carácter de Gaspar Ruiz, el general rebelde Santierra y la realista Herminia, el relato, de una índole épica estremecedora, tanto por las peripecias como por la resolución, pone de manifiesto, si bien en una escenografía y con un desarrollo bastante menos sórdido que en El agente secreto (con la que guarda, sin



(4) El lector interesado en temas de la población española puede consultar alguno de los libros aparecidos recientemente en ediciones de bolsillo: La población española, Jordi Nadal (Ariel). La población española en los siglos XVIII y XIX, Pedro Romero de Solís (Siglo Veintiuno). Análisis de la población de España, Saustiano del Campo (Ariel).